

Las prácticas de lectura en el entorno digital: industria editorial, mercado y consumo

*Reading Practices in the Digital Age:
Publishing Industry, Market and Consumption*

Elizabeth HUTNIK

IdIHCS (Conicet)-U. Nacional de La Plata
ehutnik@gmail.com

Ezequiel SAFERSTEIN

CeDInCi-U. Nacional de San Martín
esafenstein@sociales.uba.ar

Resumen

Si bien la industria editorial ha atravesado grandes transformaciones con la incorporación de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) en el ámbito de la producción, tanto editorial como autoral, el presente artículo atiende particularmente a las nuevas características que presentan las prácticas de lectura a partir de dicha inscripción. Se propone aquí un análisis de la cuestión de la lectura en estricta relación al nuevo escenario editorial marcado por un continuo replanteo del “quehacer editorial”, del rol del editor y los diversos agentes del campo, de los soportes y formatos válidos para la lectura. La primera sección propone una sintética caracterización del funcionamiento de la industria editorial. El segundo apartado hace foco en las transformaciones puntuales del sector del libro en relación con la llegada de las tecnologías de la comunicación. La tercera parte presenta un breve repaso del estado de la cuestión vinculado a las prácticas de lectura en el entorno digital, y a continuación se desarrollan algunos rasgos y tendencias de la lectura en los soportes electrónicos en Argentina, Estados Unidos y España. El artículo concluye con una serie de reflexiones finales.

Palabras claves: Industria editorial, prácticas de lectura, nuevas tecnologías, libro electrónico.

Abstract

Even though the publishing industry has gone through important transformations with the arrival of new technologies both in publishing and authorial production, this article looks into the new characteristics present in reading practices from that moment on. We propose an analysis of reading practices with regards to the new publishing scenario, marked by a recurrent consideration of the “publishing know-how”, the editor’s role, other publishing agents’ functions, and supports and formats’ validity. The first part of the paper offers a synthetic description of the publishing industry’s functioning. The second part centres the attention in the actual transformations occurred in the book industry as a consequence of new technologies’ advent. The third part presents a brief account on reading practices in the digital age and finally we develop some features and trends in reading on electronic supports in Argentina, United States and Spain. The paper closes with some conclusions.

Keywords: Publishing industry, Reading practices, New technologies, Ebook.

Introducción

Robert Darnton [2003; 2010] sugiere que la forma del texto electrónico plantea una nueva organización de los discursos basada en el hipertexto¹ y la distinción entre distintos niveles textuales. Chartier [2005] agrega que el libro electrónico y la hipertextualidad podrían constituir una respuesta posible a la crisis de la edición en las Ciencias Humanas. El concepto de lo hipertextual se convierte en una suerte de emblema “del salto cualitativo que han dado los especialistas en informática al servicio del lector” [Chartier y Hébrard: 169]. En este horizonte de desarrollo tecnológico acelerado, la función del libro –sobre todo de aquellos

¹ De manera casi anecdótica, Chartier y Hébrard recuerdan que, en la serie de prefijos que han tenido mucho éxito, “hiper-” está tan bien ubicado como “inter-” o “ciber-”. En efecto, por ejemplo en la base de datos LISA, que abarca el campo de la biblioteconomía, la documentación y la edición, se registraban a comienzos del siglo XXI más de 1500 entradas que contenían el prefijo “hiper-”: hipercard, hipertexto, hiperespacio, hipervínculo, hipermedia, hiperbiblioteca, etc.

pertenecientes al género ensayo o los llamados libros de referencia— como soporte epistemológicamente legítimo resulta fuertemente alterada. Los circuitos habituales de generación y difusión de conocimiento transitan por caminos alternativos. Los vínculos entre conocimiento y libro se ven modificados no sólo desde el lado de la producción, sino también desde el punto de vista de la recepción. En medio de ambos procesos, la práctica editorial ejerce una influencia en el mercado —por presencia o ausencia— a través de los mecanismos de legitimación de un catálogo, la consagración de autores y la oferta, propiamente dicha, de los contenidos.

La industria editorial y el paradigma electrónico

La digitalización y las nuevas tecnologías de la información y la comunicación transforman el panorama de las industrias de contenidos. El sector editorial, si bien con algún retraso respecto de otras actividades de base cultural, comienza a hacer frente a esta situación. La publicación de libros se desplaza desde una industria de movimientos lentos, localizada y oligopólica hacia un escenario más abierto, global, con más liquidez y una fuerte presencia de *commodities*. Con la posibilidad de la edición digital y el desarrollo de dispositivos de la lectura, las potenciales consecuencias para el formato impreso se debaten a nivel global y, naturalmente, las respuestas varían de país en país.

La industria editorial en Argentina cuenta con una gran cantidad de actores de diversas características y tamaños. De acuerdo con la CAL (Cámara Argentina del Libro), durante 2010, 2625 entidades editaron libros, sin embargo, sólo 300 empresas aproximadamente se encuentran inscriptas como editoriales. En ese sentido, es el tercer país de Iberoamérica en cantidad de agentes editores. Si bien desde mediados de la década de 1990 se había dado un proceso de concentración empresarial a partir del ingreso al mercado local de grandes casas editoriales transnacionales, en la actualidad los grandes grupos coexisten con un vasto conjunto de pequeñas y medianas editoriales. Las bajas barreras de entrada

permiten el ingreso de empresas pequeñas y medianas que pueden aprovechar aquellos segmentos de mercado no explotados por las grandes. Aquellas no constituyen una amenaza de relevancia para las firmas de mayor tamaño que, por lo general, realizan tiradas más grandes, presentan una oferta más diversificada y tienen una cuota de mercado mayor. Estos cambios en la estructura del mercado convierten a las pequeñas y medianas editoriales en el lugar privilegiado para la innovación y la toma de riesgos en lo relativo a las nuevas incorporaciones en sus catálogos, ya que se apuesta cada vez más al descubrimiento o la conformación de “nichos” de lectores.

Si bien sigue siendo un segmento minoritario dentro de los libros editados, la tendencia en el registro del formato *ebook* es creciente: lo que a comienzos de la década del 2000 apenas representaba una pequeña porción dentro del 6% de libros publicados en soporte distinto al papel, a principios de la segunda década del siglo ha sobrepasado el 15%, para llegar al 17.1% en 2012 [Igarza: 6]. Aunque este crecimiento no implica un gran salto en términos de venta de *ebooks*, sí tiene una fuerte importancia en cuanto a la oferta de libros electrónicos. En la actualidad no sólo se trata de vender los derechos para libros impresos en papel, sino también de comercializar todas las posibilidades que ofrezca la publicación electrónica.

Las transformaciones tecnológicas en el polo de producción editorial

En términos generales y en el horizonte de transformación de la industria editorial frente a las TIC, los especialistas del campo editorial sugieren que existen una serie de acciones puestas en marcha y otras tantas por implementar en el futuro inmediato. La discusión se da en torno al impacto de la digitalización en el catálogo y en la política editorial, los formatos, dispositivos y prácticas de lectura, los canales de distribución y venta, la política de precios y el efecto sobre los recursos internos de la editorial.

Estos ejes marcan también los nuevos lugares que los agentes del campo comienzan o han comenzado a asumir. El espacio tradicionalmente ocupado por el editor, si bien sufre algunas variaciones, sigue resultando de vital importancia dentro del circuito productivo de la editorial, pues cumple con tareas indelegables de ordenamiento de un catálogo y “enriquecimiento” de la obra (a través de la edición de hipervínculos, sugerencias bibliográficas, índices analíticos, etc.). La función del editor, por excelencia, es la de seleccionar. Y aun en el universo del libro electrónico, el lector podrá seguir confiando en el valor de un sello y una experiencia editorial. El editor es un filtro entre la gran masa de información que se encuentra en la red² y sus potenciales lectores. Es por eso que la editorial debe continuar siendo sinónimo de calidad, de valor agregado, de plus de contenido. El sello editorial es una marca a la que se asocia una determinada tradición, servicios sostenidos en el tiempo, capacidad de innovación y representación. Como sostiene Sorá: “Una editorial y su catálogo son unidades ineludibles a la hora de pensar el lanzamiento de un libro y su dispersión por el universo de la cultura escrita” [538]. En lo referente a las políticas de catálogo, es posible que lo que cambie sean los modos de selección de los textos que se editarán, siendo una decisión más horizontal – evaluada por comités editoriales, departamentos de marketing, comunicación y prensa– y no tan concentrada en la figura del editor unipersonal, como ha sido tradicionalmente.

La digitalización implica la posibilidad de conservar textos e imágenes en formatos alternativos al papel, con lo que los contenidos pasan a ser manipulables para diferentes fines. También

² El entorno digital lleva a una consecuente expansión del mundo de los textos, ya que posibilita una circulación inaudita de información. Según Mariano Zukerfeld, la riqueza de información digital que está presente en el capitalismo informacional genera un déficit de atención humana. La capacidad de producirla, reproducirla y distribuirla lleva a que la atención no sea suficiente para aprehender la cantidad de información disponible: “por más que la modulación de la subjetividad para atender a varios estímulos simultáneos pueda obrar algunas ampliaciones, las fronteras del consumo humano de información no pueden ignorarse” [Zukerfeld: 1]. Esta situación le brindaría al editor un lugar importante como intermediario cultural [Featherstone] que debe mediar entre la amplia disponibilidad de textos y un público lector.

supone la oportunidad de nuevos modelos de negocio que apunten a territorios mucho más vastos que aquellos alcanzables en el sistema analógico³. Propone también el aumento exponencial de la productividad, tanto en el ámbito público como en el privado, gracias al manejo de archivos digitales en lugar de papeles, biblioratos, carpetas, etc.

Si bien existe mucha inestabilidad respecto de los modelos de negocios en el medio digital, en los escenarios híbridos entre libro en papel y electrónico, y en la característica de los contenidos que se van a distribuir en los nuevos soportes, una de las consignas para los editores parece ser la de no otorgar contenidos a plataformas de venta y distribución en exclusiva. La hipótesis de base es la idea de la multiplataforma que exhiba y comercialice contenidos.

De algún modo, las herramientas y tecnologías digitales han bajado los costos permitiendo achicar la diferencia entre pequeños y grandes. En efecto, algunos editores creen que las nuevas tecnologías pueden representar una amenaza mayor para los grandes editores, que tienen una gran estructura armada y no pueden reconvertirse a gran velocidad, que para los pequeños y medianos que resultan más flexibles. Como afirma Octavio Kulesz, director editorial del sello argentino *Teseo*: “Muchos editores piensan que lo digital es igual a corporación, dinero, malos. Y que analógico es igual a independiente, artesanal, buenos. En realidad no es así. Hay digital-independiente o analógico-independiente. Y se puede ser corporación-digital como Google, y corporación-analógica como Sudamericana y Planeta” [Hutnik y Saferstein]. Kulesz asegura que, para un emprendedor editorial independiente, la mejor opción es la digital pues no supone gastos fijos.

³ En el caso de Argentina, en los últimos años han aparecido proyectos editoriales digitales, como es el caso de la editorial *Teseo*, orientada a las Ciencias Sociales y Humanidades y surgida en 2007. Esta editorial es un ejemplo de proyecto *híbrido* —según la caracterización de su director Octavio Kulesz— que publica libros digitales e imprime bajo demanda en papel, si bien aspira en el futuro a convertirse en un proyecto enteramente digital [<https://www.editorialteseo.com/>].

El escenario digital penetra en sectores relativamente reducidos pero su crecimiento es exponencial. Ante esta realidad las editoriales argentinas comienzan a actuar de manera muy lenta. A partir de 2009/2010 contemplan que existe un cambio inevitable a partir del cual, de uno u otro modo, deberán responder activamente. A través de distintas estrategias, las pequeñas, medianas y grandes empresas proyectan orientarse hacia el paradigma digital, con modelos de negocio más o menos exitosos. Las grandes editoriales venden sus *ebooks* –principalmente las novedades– a un precio que promedia la mitad del precio de tapa del libro en papel, aunque sus ventas aún son muy bajas con respecto a las grandes tiradas impresas. Lo mismo sucede con algunas pequeñas y medianas editoriales que apuntan a digitalizar todo su catálogo, ya que la venta de *ebooks* las beneficia en términos de costos y en capacidad de distribución a escalas supranacionales. Sin embargo, es posible que en nuestro país las transformaciones se den de una manera más paulatina que en otras regiones, por razones de accesibilidad a los soportes de lectura, por la capacidad de la industria y la falta de políticas públicas de acompañamiento a las industrias culturales.

Prácticas de lectura

Luego de haber analizado sucintamente las transformaciones de la industria editorial, es preciso revisar cuáles son las modificaciones percibidas en el polo de la recepción, es decir, la instancia de la lectura y el lector.

No pretende este apartado convertirse en un desarrollo analítico de la historia de la lectura pues excedería el propósito y objetivos de la investigación, pero sí propone una sintética contextualización de dicho campo de estudios que delinearé las bases para un punteo de algunos problemas ligados a las prácticas de lectura en el entorno digital. Como apunta Lyons, en su propia *Historia de la lectura y la escritura*, existen obras ya clásicas que

intentaron historizar la práctica en Occidente, entre ellas, el volumen dirigido por Cavallo y Chartier, que reconstruye los diferentes métodos de lectura y los hábitos de los lectores desde la Antigüedad, mediante la identificación de las disposiciones específicas que distinguen las comunidades de lectores, las tradiciones de lectura y los modos de leer; los trabajos de Petrucci y Gómez Castillo que se presentan más bien como una historia social de la cultura escrita; el volumen a cargo de Febvre y Martin, cuyo objetivo es dar cuenta del modo en el que el libro ha influido en la cultura europea; los posteriores trabajos de Darnton, que atienden a los agentes de la producción, distribución y venta de libros, sobre todo en el siglo XVIII en Francia; y los trabajos de Pierre Bourdieu, quien desde una perspectiva sociológica considera a la lectura como una práctica social, cultural y material, que le otorga sentidos a los textos y supone un contexto social en el que se realiza la actividad de lectura, relacionada directamente con el soporte material en el que se lee y con la posición de los lectores en el espacio social. Es necesario remarcar que, si bien todas estas historias y sociologías referencian el mundo occidental, reflejan en mayor medida la historia de la cultura escrita europea y norteamericana. Mucho menor es el alcance que estas investigaciones han tenido en América Latina, a excepción quizás de trabajos como el de Cucuzza y Spregelburd, y Parada para el caso argentino, la *Historia del libro en Chile*, de Subercaseaux, o la *Historia de la lectura en México*. En el caso del trabajo de Lyons, la historización que propone – combinando la cronología de la historia del libro y de la lectura con la de la historia de la escritura– atiende especialmente a la capacidad de los lectores para “seleccionar, interpretar y rehacer lo que leen” [Mosqueda: 129], y dichas habilidades están socialmente determinadas. En cuanto a los cambios tecnológicos, si bien releva su existencia, afirma que no alcanzan por sí solos para determinar las transformaciones históricas.

La lectura no ha sido únicamente abordada a partir de su historia, la historia de la cultura impresa, la historia de la edición o

incluso, con un espíritu sincrético, la llamada historia del libro, las bibliotecas y la lectura. La lectura ha sido el objeto de perspectivas neurocientíficas, psico, neuro⁴ o sociolingüísticas; o también, como es la propuesta de D.F. McKenzie, desde la sociología de los textos (la bibliografía material), a través de la cual establece cómo los conjuntos de variaciones materiales, es decir, las formas de lo escrito, determinan de un modo decisivo su significado; lo que a su vez permitiría considerar a los editores como constructores de lectores. La variedad de perspectivas teóricas pasibles de ser utilizadas para el estudio de la lectura desemboca en una ausencia de método específico, por lo que habitualmente la mayoría de los trabajos recurren al préstamo de muchos otros: el método de las Ciencias Sociales; el método cualitativo-estadístico de la Escuela Cualitativa Serial Francesa; el método histórico comparativo; el método cualitativo; el método interpretativo o indiciario cercano al del psicoanálisis freudiano (tal como lo propone Carlo Ginzburg) o también, a los enfoques de la crítica literaria.

A nivel del objeto de estudio, la multiplicidad de lectores suele ser un argumento difundido para justificar la heterogeneidad de lecturas que cada uno puede hacer. La diversidad de materialidades en las que el sujeto lee complejiza el acceso al objeto de estudio; y más aún a partir del encuentro de la cultura impresa con la virtual. A todo esto se debe sumar la instancia de mediación editorial que juega un rol determinante entre el autor y el lector, seleccionando qué publicar, cómo, cuándo, para qué territorios, con qué tipo de traducción y revisión técnica, qué diseño de página, tipografía y calidad de papel, etcétera.

Durante los últimos veinte años no sólo ha cambiado el soporte editorial, sino también el sujeto que hace uso de él, el lector; y, por ende, su concepción de texto y de lectura. Si bien,

⁴ A través de diversas pruebas, la neurolingüística propone que el lector comienza a generar un “cerebro digital” que se adapta a un nuevo tipo de lectura. En esa transición se destaca la capacidad “multitarea” que perfecciona el cerebro, capaz de atender a varias actividades a la vez [Rodríguez de las Heras 2009 a].

como sostiene Chartier, “las mutaciones en el orden de las prácticas son más lentas que las revoluciones de las técnicas” [2001: 4], la naturaleza del soporte y su medio influyen sobre el modo de lectura. Luego de la invención de la imprenta y del pasaje de la lectura “extensiva” a la “intensiva” a mediados del siglo XVIII, asistimos a un momento de mutación de las prácticas de lectura a partir de la transmisión electrónica de los textos. Los hábitos de lectura son diferentes porque se han producido cambios sustanciales en nuestra sociedad que modifican nuestras costumbres y nuestras habilidades cognitivas y perceptivas. El propio uso de los textos también se altera, transforma o complementa con otros nuevos:

La nouvelle représentation de l’écrit modifie, en premier lieu, la notion de contexte, substituant à la contiguïté physique entre des textes présents dans en même objet (un livre, une revue, un journal) leur position et distribution dans des architectures logiques –celles qui gouvernent les bases de données, les fichiers électroniques, les répertoires et les mot-clefs qui rendent possible l’accès à l’information [Cavallo y Chartier: 37]⁵.

Se redefine además la materialidad de las obras al desintegrarse el vínculo entre objeto impreso y texto, al tiempo que otorgan –no ya solamente al autor y al editor, sino al lector– la posibilidad de manipular la apariencia textual en pantalla, agregan Cavallo y Chartier [37]. La materialidad del análisis de Chartier radica en la importancia de las formas en las que circulan los escritos para dar cuenta de su significación y las representaciones que genera su lectura. No hay texto sin soporte y es en su intersección donde se construye el sentido.

⁵ ‘La nueva representación de la escritura modifica, en primer lugar, la noción de contexto, sustituyendo a la contigüidad física entre textos presentes en un mismo objeto (un libro, una revista, un diario) su posición y distribución en arquitecturas lógicas –aquellas que gobiernan las bases de datos, los archivos electrónicos, los repertorios y las palabras claves, que hacen posible el acceso a la información’ [La traducción nos pertenece].

No es posible, sin embargo, analizar las prácticas de lectura sin pensar simultáneamente en prácticas de escritura. Las formas de escribir también se ven *afectadas* por la utilización de las TIC. Como postula Benjamin [119], el análisis de la relación entre literatura y sociedad pasa ineludiblemente por la mediación técnica de la escritura, pues “la noción de técnica representa el elemento dialéctico a partir del cual puede superarse la estéril oposición entre la forma y el fondo”. En ese mismo trabajo, Benjamin insta a los escritores a hacer uso de imágenes en sus textos, enfrentando la concepción de las “competencias” estancas como barreras entre disciplinas. Así, surge lentamente un nuevo modo de contar historias que quiebra los límites del relato lineal al agregar niveles de información relacionada (mapas, videos, links). Darnton menciona, por ejemplo, libros electrónicos estructurados en capas que se ordenan de manera piramidal: lo más esencial iría en la capa superior y el resto en las capas inferiores [2010: 74]:

La capa superior podría ofrecer una versión concisa del tema tratado, versión que quizás podría ofrecerse también en papel. La siguiente capa podría contener versiones más extensas de diversos aspectos del tema, estructuradas no de manera secuencial como en una narrativa, sino más bien en unidades independientes que alimentasen la capa superior. La tercera capa podría estar compuesta de diferentes tipos de documentación, cada uno de ellos ilustrado por un ensayo interpretativo. Una cuarta capa podría ser de carácter teórico o historiográfico, y contener extractos de textos académicos anteriores y disquisiciones sobre éstos. La quinta capa sería de carácter pedagógico y estaría compuesta por sugerencias sobre posibles debates a mantener en la clase, una especie de plan de estudios y propuestas de cursos concretos a impartir. Finalmente, la sexta capa contendría comentarios y cartas de lectores, así como documentación sobre los intercambios mantenidos entre el autor y el editor, lo que conformaría un conjunto de

comentarios que iría creciendo según el libro fuera abriéndose camino entre diferentes colectivos de lectores.

Este nuevo tipo de libro tendría como consecuencia la creación de un nuevo tipo de lectura [Darnton 2010: 88].

Siguiendo la idea de este entramado textual articulado en niveles, cada lector podría transitar un grado de profundidad diferente en su lectura: una lectura rápida y lineal; una lectura vertical con mayor profundidad para determinados tópicos; una lectura salteada, en direcciones inesperadas ajustadas a los intereses específicos del lector; y desde luego, las áreas textuales deseadas podrían ser impresas bajo demanda bajo la forma del códice tradicional. Como propone Rodríguez de las Heras, la información es “dosificada” de un modo particular cuando ya no se trata del entorno analógico. Además, continúa, las palabras están sostenidas en la pantalla y no impresas en el papel, con lo que “han adquirido una capacidad cinética que un escritor no puede despreciar” [2009 a: 114].

Especialistas en tecnologías refieren nuevas posibilidades de lo escrito como el “*transmedia storytelling*” o ARG (*Alternate Reality Games*), un relato transmediático que utiliza diferentes herramientas –video, audio, imágenes, gráficos, juegos– como vías de acceso a una misma historia; un *software* que toma contenidos de varias fuentes y formatos y los presenta en una interfaz organizada por uno o varios autores que curan⁶ todo el material según su relevancia. La figura del *curador literario* como intermediario entre escritores y lectores adquiere una relevancia especial, pues son actores que deben ser capaces de manejar los contenidos lingüísticos al mismo tiempo que ejercen un buen dominio de lenguajes de programación computacional (diseño web, animación Flash, edición de video, criptografías, diseño de narración

⁶ Es cada vez más frecuente la expresión “curaduría de contenidos” para hacer referencia al manejo de contenidos en ámbitos culturales, sobre todo aunque no exclusivamente, en su relación con Internet, el *marketing* y la viralidad.

interactiva y, por supuesto, gestión de proyectos multimedia). Algunos trabajos más vinculados con lo multimedial (por ejemplo, Harrington & Meade) señalan incluso un nuevo rol: el del *técnico-escritor*. Es interesante destacar que en esta instancia las fronteras entre literatura y videojuegos se vuelven ciertamente borrosas.

En “¿Muerte o transfiguración del lector?”, Chartier [2001] explica que no se trata de pantallas de imágenes contra los textos tradicionales, sino más bien de pantallas que conllevan la multiplicidad textual en una forma diferente. El hipertexto transforma la relación de los textos con la información y la documentación e incorpora, además, la “hiperlectura”, un modo no lineal de abordaje textual. El modo de procesamiento –vinculación– de los contenidos hará la diferencia entre información y saber para el lector. Según Chartier y Hébrard, lo importante no son únicamente los vínculos hipertextuales que presenta el texto, “sino los vínculos constituidos en la memoria del lector y que integran cada dato y cada relación en un conjunto que le otorga su significado, su peso y su valor de uso” [173]. Estos autores plantean que el hecho de hacer un *click* sobre una palabra para convertirla en una suerte de ancla y abrir un vínculo a otra parte del texto o a otro documento “sólo sirve para materializar el proceso de la lectura en sus niveles más altos: la integración y la elaboración” [174]. Al integrar los datos, el lector realiza una representación no lineal del texto y, al elaborarlos, reorganiza dichos elementos para vincularlos con su propio universo referencial mediante relaciones causales, consecutivas, comparativas, digresivas, etc. “Si el acto de lectura es un proceso lineal, la actividad del lector siempre consiste en la deslinealización” [174]; la hipertextualidad vendría entonces a materializar esos vínculos mentales, aunque, desde luego, muchos pueden ver en este entramado “una forma de zapeo generalizado” [176].

James Bridle sostiene que “en una economía rica en contenidos pero pobre en tiempo para consumirlo, la narrativa no puede permanecer estática” [34]. Hay que precisar que no puede

equipararse toda la lectura en soporte electrónico como si fuera una misma práctica. No es lo mismo leer en un dispositivo electrónico especialmente diseñado para ello, que en una computadora personal o un *smartphone*. Por caso, la lectura en un ordenador suele ser de textos más breves; si son largos se leen de manera diagonal, lo que en inglés se denomina *scanning*, o lectura transversal. Además de la brevedad, el estilo con que se escribe pensando en los soportes electrónicos difiere del de los soportes analógicos. Proliferan las características de hipertextualidad y obras abiertas, donde el autor puede incluso dejar sin terminar las publicaciones y sea el lector quien continúe escribiendo las historias. Con la hipertextualidad, la lógica de la lectura ya no puede concebirse de manera lineal, sino que la multiplicación de los vínculos la vuelve “abierta, extendida y relacional” [Chartier 2012]. Esto refuerza una posición más activa del lector, que se convierte en coautor y en crítico, en un mismo espacio virtual.

Las prácticas de lectura y escritura se complementan a tal punto frente a las TIC que surgen también géneros literarios novedosos como el “*ketai shosetsu*” o novela para el teléfono móvil⁷. Aunque este tipo de historias cortas asociadas a nuevos autores sea un furor en Japón, el fenómeno no excluye de este canal de publicación a los autores más tradicionales de la literatura. Es el caso de la novela *1Q84*, de Haruki Murakami, que con más de 1000 páginas en dos tomos batió récords de ventas en un solo mes.

Los no migrantes, los migrantes digitales y los nativos digitales son tres públicos que acceden a los contenidos de manera diferente. Según Piscitelli –quien retoma a Lorenzo Vilchez–, en la migración digital el mundo ya no se divide entre ricos y pobres, sino entre los que están informados y aquellos que han quedado fuera de las redes de conocimiento. El nativo digital se diferencia del migrante / no migrante digital, que pertenecen a una generación

⁷ En Japón se registran ventas anuales cercanas a los 1.000 millones de yenes (12.3 millones de dólares). Los autores suelen ser jóvenes escritores que no sobrepasan los 35 años.

precedente y que han debido realizar un movimiento intelectual de acercamiento y aprehensión de las nuevas tecnologías. Entre ambos, para Piscitelli, las distancias entre cortes generacionales son muy grandes, “a menos que existan mediadores tecnológicos intergeneracionales” [41]. Los nativos digitales exigen un tipo de escritura que no es ya solamente una inscripción sobre el papel⁸. Estos sujetos nacieron en un entorno tecnológico digital de comunicación, por lo que sus interacciones, modos de transmisión de la información y accesos al conocimiento se enmarcan naturalmente dentro de una cultura digital.

En el contexto digital hay nuevas posibilidad de producción y difusión de la obra, nuevos públicos (las edades de los nativos digitales son más tempranas) a un menor costo. El *ebook* logra un diálogo con el lector provocando interactividad y, en consecuencia, nuevas sinergias. El modo de lectura por el medio virtual y telemático de la red permite un tránsito sin dirección única, con gran libertad de movimiento por las páginas digitales donde todo se ubica velozmente, los accesos y relaciones se multiplican y la lectura deja de ser eminentemente lineal. Como apunta Beatriz Sarlo:

Todavía la lecto-escritura es la clave para descifrar a la palabra escrita incluso cuando esta se ha liberado del papel, se ha vuelto virtual, fluye libremente por el anillo que llamamos Internet, rodea al mundo como una gigantesca bola de texto o se desliza, sin página, sin principio y sin fin,

⁸ De acuerdo con un estudio llevado a cabo en Estados Unidos en el marco de la International Reading Association [Larson] con niños de segundo grado, los resultados sostienen que, al estar los niños inmersos en experiencias cotidianas “multimodales”, desarrollan una plasticidad particular para combinar modos y medios en la creación de mensajes. Enfrentados con dispositivos electrónicos de lectura, los niños presentaron una motivación de lectura más elevada luego de interactuar con textos multimodales (animación, sonido, etc.), sobre todo en aquellos casos de chicos con dificultades de lectura. Entre las razones postuladas se cuentan: la posibilidad de personalizar y manipular el texto haciendo que la experiencia de lectura sea interactiva y atractiva; la posibilidad de *escuchar* algunos fragmentos del texto, resaltar pasajes y vocabulario que puede ser buscado en diccionarios en línea, hacer comentarios y preguntas en los márgenes de las hojas –que pueden ser luego retomadas por sus maestros– y también la oportunidad de revisar y buscar frases y palabras a través de un buscador interno al texto. Según las observaciones de los investigadores, los niños se sienten “más en control” y “se apropian más” del texto electrónico que del texto en papel.

por las pantallas de las computadoras. El ciberespacio exige una nueva alfabetización. Aunque el futuro incorpore textos no alfabéticos a la enciclopedia, los textos significativos todavía siguen siendo textos escritos. [...] Sin embargo, el lugar de los discursos, su uso y su producción está cambiando. Y, dentro de los discursos, el lugar de la literatura [33].

Para Sarlo, la lectura es una actividad costosa, requiere habilidades y tiempo. El desciframiento de una superficie escrita exige atención y concentración: “Miramos el texto y miramos *dentro* del texto. Practicamos observaciones intensivas y extensivas de la materia escrita, nos quedamos *en* el texto y *con* el texto”. En este sentido, “[n]osotros somos quizás los últimos lectores tradicionales” [34].

En resumen, la lectura es necesariamente una práctica histórica, dinámica, en constante proceso de transformación. Las formas de producción y circulación de los textos, sean digitales, sean impresos, intervienen fuertemente sobre las formas de recepción y difusión. En este sentido, al compás de las transformaciones, la digitalización permite que los procesos de escritura, edición y lectura ya no sean imperiosamente lineales y correlativos, sino que pueden fundirse en prácticas emergentes reconfigurando las categorías tradicionales del sistema literario y de edición, como por ejemplo la figura del lector, protagonista de los apartados siguientes.

Lectura y pantalla

La actividad cognoscitiva y las habilidades puestas en juego frente al ritual del libro varían cuando hay de por medio un soporte electrónico. La lectura frente a la pantalla está marcada por la discontinuidad de conjuntos textuales que son siempre personales, pues el lector/usuario define tipografía, tamaño, color y brillo del texto; todas ellas características efímeras que desaparecen cuando

este lector particular cierra el documento [Chartier 2001]. La hipótesis de Chartier es que la tradicional unidad de sentido material, estético e intelectual que caracterizó al libro impreso se quiebra en el entorno digital: “La lectura frente a la pantalla es fragmentada, segmentada y fragmentaria ya que todos los textos electrónicos, cualquiera sea su género⁹, se vuelven como bancos de datos de donde se extraen fragmentos sin remitir este fragmento a la totalidad de la cual está extraído” [2008]. En esta misma línea, Biagini y Carnino aseguran que los contenidos digitales privilegian la eficiencia, la inmediatez y la masa informativa. Una supuesta “hiperatención” introducida por el medio virtual, hipertextual y multimedia podría ir en detrimento de la *deep attention*, la atención profunda, propia de la lectura lineal sobre papel, generando lecturas más deficientes, como las que implican un *escaneo* o cierta transversalidad.

Siguiendo a Alan Liu, cada nuevo soporte de información –ya sea la propia invención de la escritura o el surgimiento de los periódicos– parece degradar la práctica de lectura porque perturba el balance entre atención focal y atención periférica. Asegura que se requiere tiempo y cierta cuota de adaptación antes de que el equilibrio pueda reestablecerse, no solamente en la habilidad del lector, sino también en los sistemas sociales de lectura. En tanto las formas del medio digital no se comportan como los libros o las bibliotecas analógicas, los lectores –migrantes digitales sobre todo– se enfrentan con prácticas de lectura deficientes, incapaces de dar sentido al todo a partir del fragmento; o también a sufrir distracciones marginales habilitadas por los propios dispositivos electrónicos. Sucede que *al estar en línea* durante la lectura, el lector tiene la posibilidad de interrumpir su actividad y pasar a otras

⁹ Unos años antes, Chartier [2005] había señalado que dicha discontinuidad en la lectura se asociaba a determinados textos o tipos de libros de lectura especialmente fragmentaria, como por ejemplo las enciclopedias y diccionarios, para los que la edición electrónica resultaba ideal, pues permitía la búsqueda casi inmediata y la actualización constante de los datos. Pero, por otro lado, las novelas, los libros de historia o los ensayos filosóficos, que suelen leerse como un todo continuo, experimentaban un desfase evidente, “una dificultad para acceder a ciertos géneros bajo esta nueva forma”.

adyacentes (ver un mail, navegar por la red, responder un mensaje de texto, actualizar una aplicación, etc.). “El lector occidental de 2012”, define Lyons [364] “navega por los textos y disfruta de hacer *zapping*; es decir, de pasar rápidamente de un artículo corto de revista a otro en ese estilo de ‘lectura intersticial’”¹⁰. Estudios específicos muestran que los usuarios cambian de actividad cada tres minutos en promedio. Más allá de la posible comparación con los tiempos de reacción en el entorno analógico y el digital, lo que es verdaderamente distinto es la experiencia de lectura que, en el último caso, habilita relevamientos casi inmediatos de palabras y pasajes enteros, permite búsquedas de significados de palabras, traducciones e, incluso, referencias extratextuales. Desde luego, allí radica la dualidad de los vínculos o *links* que conducen rápidamente a información necesaria, pero también suelen derivar en distracciones inoportunas.

Posturas quizás más individualistas, como la de Wolf o Aamodt, hacen hincapié en las capacidades particulares de cada sujeto lector. Partiendo de la base de que no existe “un programa genético” de lectura, sino que es más bien cada individuo el que debe activar y desarrollar su propio circuito para leer, las autoras sostienen que ese sistema será más o menos eficiente dependiendo de las características particulares del sujeto, por ejemplo, su nivel de educación, su acceso cultural, su motivación, sus oportunidades de instrucción. Asimismo, esta hipótesis de la *tabula rasa* les permite afirmar que el circuito podría amoldarse a los requerimientos del sistema de escritura en juego; por ejemplo, el sistema de lectura chino requiere una memoria visual mayor que el alfabético. En este sentido, la arquitectura abierta del circuito de lectura permitiría que

¹⁰ Gilfedder identifica este tipo de lectura cuando estudia la evolución de las editoriales italianas durante la década del 90. Explica que las jornadas de trabajo reguladas apenas dejan espacio para brevísimos tiempos de lectura, que deben aprovecharse en esos pocos intersticios que quedan entre la oficina y el hogar, entre el trabajo y el descanso, en las pausas para el almuerzo, en los transportes, etc.

los sistemas de lectura en desarrollo –nativos digitales– fueran maleables al medio, digital en este caso.

Finalmente, más allá de que efectivamente la concentración requerida por una lectura *seria* sea más difícil de lograr en el entorno digital y de que las distracciones puedan ser mayores, en última instancia dependerá del interés, habilidad y propósitos del lector. Como sostiene Steiner:

Toda lectura es selectiva. Sigue siendo parcial y partidaria. Es encuentro en movimiento entre un texto y la neurofisiología de las estructuras de la conciencia receptiva [...]. Toda lectura es el resultado de presupuestos personales, de contextos culturales, de circunstancias históricas y sociales, de instantáneos huidizos, de casualidades determinadas y determinantes, cuya interacción es de una pluralidad, de una complicación fenomenológica que resiste a todo análisis que no fuera él mismo una lectura [3].

Lo que se transforma, efectivamente, es la relación del lector con lo escrito en el plano técnico, morfológico y cultural, a diferencia de otros momentos históricos de cambio como pudo haber sido, por ejemplo, la invención de la imprenta, que no implicó una nueva forma de libro –pues el código compuesto por hojas y páginas manuscritas ya había reemplazado al rollo de los antiguos– sino una técnica nueva para reproducir textos.

Autores especializados en el libro electrónico, como el filósofo Javier Echeverría, proponen una hibridación entre oralidad y lectoescritura. A partir de la incorporación de TIC a los procesos cognitivos, Echeverría señala “una integración digital de los cinco sentidos” en la que las experiencias de lectoescritura pueden añadir experiencias auditivas, olfativas, táctiles y hasta gustativas. Algunas iniciativas se desarrollan en esta línea en el campo de los videojuegos o aplicaciones interactivas para niños. Diversas formas de lectura y escritura están mediadas por avanzadas técnicas de hipervinculación que estructuran la información a través de enlaces.

Chartier sostiene que las nuevas técnicas han aportado una posibilidad antes restringida únicamente a los blancos que dejaba la composición tipográfica, y se trata de la escritura al margen que realiza el lector durante la lectura: “Ahora por primera vez existe un soporte que permite al mismo tiempo leer y escribir. Y lo cierto es que estamos presenciando una auténtica proliferación de la escritura” [2005]. Al respecto, Kulesz afirma que no hay área de la escritura que no haya sido ya afectada por la tecnología “porque todos leemos y escribimos más en electrónico que en papel”. Dichas prácticas de lectoescritura parecen ampliar el horizonte de participación pues cualquiera puede *a priori* ser lector y escritor, compartir opiniones de lectura, proyectos, intervenir críticamente en el espacio público, organizarse en comunidades lectoras, publicar obras inéditas, etcétera. Y todo de manera casi inmediata, sin dilaciones y con pocos eslabones de mediación; más aún si se tratara, por ejemplo, de un libro autoeditado, pues de lo contrario hay casos que aun siendo de edición electrónica siguen los criterios clásicos de la edición analógica en cuanto a la constitución del libro en un catálogo, el trabajo de edición y corrección; es decir, mecanismos de *cierre* de un texto que hacen que conserve la identidad típica de la intervención editorial.

Los textos digitales y digitalizados parecen ofrecer una lectura más horizontal, facilitando el encuentro de lectores que pueden poner en duda las jerarquías tradicionales del conocimiento estableciendo vínculos más directos con sus pares, la crítica, las casas editoriales y también, en algunos casos, con el propio autor. Este estilo de lectura –y escritura– “en comunidad” se orienta típicamente hacia la interacción en sus diversas formas: *feedback*, crítica, colaboración y reseñas entre pares (*peer*).

Para Roger Chartier, la “revolución” del texto electrónico es triple: es “una revolución de la técnica de producción y reproducción de los textos, una revolución de la forma de su soporte y una revolución de las prácticas de lectura” [2012: 10]. En el entorno digital, un mismo soporte puede contener miles de

libros, o bien circular multiplicidad e veces a través de la red. La materialidad se altera al separarse el texto del objeto que lo contiene y trasmite. Y en consecuencia, la lectura se transforma: el lector –sujeto histórico– adquiere otro dominio sobre las unidades textuales que desea leer.

Algunas tendencias en la edición electrónica

En referencia a los nuevos fenómenos semióticos ligados a mecanismos de edición, circulación y promoción del libro, Liliana Weinberg [2007a: 125] asegura que esos obligan a una continua desarticulación y rearticulación de los fenómenos de lectura. Las prácticas de lectura cambian sus características, y también lo hacen las mediciones sobre ellas. En sintonía con las transformaciones en las prácticas, los estudios sobre hábitos de lectura han modificado sus parámetros de evaluación. En Argentina, en el año 1998 la CAL realizó la Encuesta Nacional de Lectura (ENL), junto a la Cámara Argentina de Papelerías, Librerías y Afines y la Dirección de Bibliotecas del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y a través de Catterberg y Asociados. Para medir la intensidad de lectura, no sólo se contempló “la cantidad de libros leídos enteros en un período determinado”, sino también “la lectura incompleta o transversal, la consulta múltiple y la relectura, como formas alternativas de aproximarse al libro en un contexto de una cultura caracterizada por la fragmentación y la velocidad”. En ese primer estudio, publicado en 2001, se analizó una muestra de individuos dentro de un amplio rango de edades y pertenecientes a distintos niveles socioeconómicos en el área metropolitana. Por su parte, en el año 2011 se llevó a cabo la nueva ENL, esta vez organizada por el Consejo Nacional de la Lectura, en el que participaron la Secretaría de Cultura de la Nación (actualmente, Ministerio de Cultura), el Ministerio de Educación, el de Trabajo, el de Desarrollo Social y el de Salud, junto a la Biblioteca Nacional y la CONABIP. Los resultados de esta encuesta, realizada a nivel nacional a partir de una muestra

de 3568 casos efectivos, fueron comparados con el estudio anterior. Por último, en 2012 el ahora Ministerio de Cultura de la Nación realizó una Encuesta Nacional de Consumos Culturales (ENCC), un estudio más amplio que no se centra solamente en la lectura, sino también en el consumo de cine, música, televisión, etc. De este estudio, solamente se encuentran disponible un informe preliminar. En general, este último tipo de lectura caracterizada por la consulta simultánea de varios libros, de diversos temas y fuentes y de manera fragmentada, aparece asociada a “la lectura por obligación”. Sin embargo, en la más reciente encuesta de 2011, la lectura digital ocupó un lugar fundamental, al compás de las transformaciones en las prácticas lectoras. Dicho estudio, al igual que el anterior, consideran al lector en un sentido amplio y pragmático: lector es “toda persona que lee durante 15 minutos o más, diarios, libros, revistas, textos en pantalla u otro tipo de material” [Moreno, García y Sardi: 87]. Esta caracterización fue muy discutida: “es lector quien identifica una secuencia de palabras durante 15 minutos tanto en un medio digital como en soporte papel”. Sardi [67] retoma a Chartier para argumentar que existen múltiples maneras de leer y que estas prácticas se han modificado históricamente, desde las lecturas colectivas hasta la lectura en pantalla, pasando por la lectura silenciosa. La visión hegemónica que construye al “lector modelo” que ejercita la lectura silenciosa asociada a la lectura de libros y ligado a la esfera íntima del lector “culto”, supuestamente universal, no resulta extrapolable a todos los tiempos y sociedades, sino que es modalidad histórica particular más. La lectura así considerada es nada más y nada menos que una práctica habitual junto a otras prácticas y consumos culturales: los nuevos modos de leer en formato digital se opondrían a la lectura como “templo de la cultura” [Lyons: 389].

Según la ENL de 2011, el 90% de los argentinos son lectores (siempre teniendo en cuenta la noción amplia e inclusiva de lector que se maneja), frente al 86% de 2001. La lectura digital presenta un crecimiento exponencial: cuando en 2001 se ubicaba en 21%, una

década más tarde esta cifra se elevó al 48%, con una cifra mayor entre los menores de 25 años (75%). Pero contrariamente a los pronósticos de la “muerte del libro”, el informe indica que no sólo creció la lectura digital, sino también la lectura no digital –si bien a menor ritmo–, de un 55 a 62%. Ante la pregunta acerca de qué se lee en formato digital, el primer lugar lo ocupa la lectura de “mails” con un 42% del total de lectores digitales, el segundo, con 30%, lo mantiene la lectura de “redes sociales, diarios, noticias y textos de divulgación”, mientras que los “libros, revistas, críticas” y otro tipo de textos ocupan el tercer lugar, con un 15%. Por un lado, estos datos muestran que el libro digital o *ebook* no ocupa aún un lugar central en la lectura digital, si bien se encuentra en expansión. Pero por otro lado, el crecimiento de lectura de libros tanto en digital como en formato impreso da cuenta de que el libro no será reemplazado, sino que hay una combinación de formatos y plataformas que refuerzan la práctica lectora. La lectura digital produce lectores multiformato: la mayoría de los encuestados tiende a leer en varios formatos y son marginales quienes leen en uno solo: un 32% lee en todos los formatos disponibles, un 20% lee diarios y libros, un 9% lee diarios y PC, un 5% lee libros y PC, un 6%, sólo libros, un 2%, sólo PC y un 17% lee sólo diarios, siendo esta la excepción a la marginalidad. Por su parte, en la ENCC de 2012, el 38% de los participantes afirmó que sólo lee libros en papel, un 1% lee sólo libros en digital, mientras que un 7% lee libros en ambos formatos. Los estudios realizados en Argentina demuestran que hay muy pocos encuestados que lean solamente en formato digital, pero a su vez esta práctica no atenta contra la lectura, ya que siempre presenta una curva ascendente: los lectores digitales leen más libros y diarios –en cualquier formato– que los no digitales¹¹.

¹¹ Hay que tener en cuenta también que la Encuesta refleja una clara desigualdad en cuanto a la lectura en función del Nivel Socioeconómico (NSE), que se potencia cuando se trata de lectura digital. Como ha sucedido históricamente, la lectura desciende a medida que baja el NSE. La lectura de libros impresos arroja un 75% para NSE Alto, 74% para el Medio y 49% para el Bajo, mientras que en la lectura digital las cifras cambian a 79, 68 y 22% respectivamente, lo que refleja diferencias significativas en las tasas de lectura y aún más en la digital.

En otras latitudes y de acuerdo con los resultados del análisis de la última oleada de estudios sobre las actitudes de los consumidores hacia el *ebook* realizada por el Grupo de Investigación sobre la Industria del Libro en Estados Unidos (BISG-2010), sobre una muestra de 40.000 estudiantes de Secundaria de EE.UU. con hábitos de lectura, se revela un rápido crecimiento en la lectura sobre soportes electrónicos. Si en 2009 sólo un 23% de los adolescentes había leído un libro digital en el último mes, en agosto de 2010 lo había hecho uno de cada dos. Entre las razones para preferir una lectura digital figuran el precio de los *ebooks* frente al papel, su disponibilidad y “la mayor facilidad de lectura”.

En el área peninsular, la Federación de Gremios de Editores de España realiza desde el año 2000 informes trimestrales sobre hábitos de lectura de los españoles, en colaboración con la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura. En su primer relevamiento, y sobre una base de 2000 entrevistas a informantes a partir de los 16 años, no se incluía la categoría del libro electrónico dentro del análisis. La única referencia a las tecnologías venía dada en la variable de “Lugar de compra de libros”, con la opción “Internet”, pero asociada a un porcentaje igual a cero. Esta misma tendencia se registra inclusive en el informe de 2005, en el que la compra de libros (siempre en papel) por Internet no llega aún al 1%. Aquí, no obstante, Internet aparece también como un espacio de consulta a la hora de realizar búsquedas previas a la compra del ejemplar físico.

En su informe correspondiente al primer cuatrimestre de 2010, el Barómetro de Hábitos de Lectura y Compra de Libros, realizado a 15.000 individuos mayores a 14 años, incorpora por primera vez la variable de “lectura en soporte digital”. El 48,6% de los entrevistados lee en soporte digital; la mayoría de ellos (el 47,3%) lo hace en una computadora, el 6,6% en teléfonos celulares o agendas electrónicas y sólo un 0,8% en dispositivos de lectura. Este informe revela además diferencias lectoras entre hombres y mujeres en formato digital, registrando un 55,7% y 41,6%

respectivamente. Cabe precisar que dichas cifras de lectura comprenden diversos materiales (libros, revistas, periódicos, cómics e incluso blogs, webs y foros). En cuanto a las edades de los informantes, entre los 45 y 55 años el porcentaje de lectores digitales (42,8%) es casi la mitad del porcentaje alcanzado por los que tienen entre 14 y 24 años (81,2%). El nivel de estudios también se presenta como un determinante de la lectura en formato digital. Así, el 76,7% de los universitarios utiliza este soporte para leer frente al 21,9% de los que tienen sólo estudios primarios. El tamaño de las poblaciones de residencia tiene cierta influencia, si bien las diferencias lectoras entre hábitats de mayor tamaño y medio rural son de 15 puntos (56,9% frente a 41,9%). De acuerdo con el informe, estas diferencias se explican en parte por el envejecimiento de la población rural unida al menor nivel de estudios. Si atendemos específicamente al formato libro, el Barómetro indica que el 59% de los entrevistados leen libros, pero sólo el 4,7% lo hace en soporte digital.

El mismo informe para 2011 (con 13400 informantes a partir de los 14 años) revela leves modificaciones que dan cuenta de una creciente curva en la utilización del soporte electrónico: el 52,5% de la población lee textos en soportes digitales, y ha subido también en 2,1 puntos la cantidad de libros electrónicos leídos. Siguen siendo los hombres quienes mayormente leen en digital (6 puntos por arriba de las mujeres) y también permanece estable la variable de la edad asociada al soporte electrónico (a menor edad, mayor uso tecnológico para la actividad lectora), como así también el nivel de estudios y el tamaño poblacional. Una diferencia interesante es que, sólo con un año de diferencia, ha disminuido ligeramente el uso de teléfonos móviles y agendas electrónicas como dispositivo de lectura, pero ha aumentando en casi un 1% la utilización de *ereaders*. Si bien ha sido posible relevar distintas investigaciones sobre hábitos de lectura, los pocos estudios sobre experiencia lectora en esta clase de dispositivos no son todavía concluyentes

“porque su adopción es todavía incipiente y queda mucho por hacer” [Gil y Rodríguez: 191].

Conclusiones

En la actualidad los estudios enfocados a las prácticas y hábitos de lectura relevan que la elección de los momentos para leer y la preferencia de ciertos tipos de lectura son muy diversos. El presente es aún una etapa de transición y no de definición de los actos de lectura. Como sostiene Chartier [1992], la grilla de lectura de las lecturas consistiría en un cruce de dimensiones cronológicas y morfológicas con la identificación de las particularidades socioculturales. La lectura en voz alta o silenciosa, en rollos, en códices o en pantallas, los géneros permitidos y los prohibidos, etc., está en estricta relación con las comunidades de interpretación organizadas a partir de ciertas competencias y convenciones de lectura; y esta caracterización es también válida para el paradigma digital. La lectura en pantalla es un vehículo de transmisión cultural tan poderoso como lo fue la lectura en papel; en un único dispositivo conviven géneros textuales que en el mundo impreso corresponden a diversos objetos (libro, revista, diario), y permite la articulación entre textos, imágenes y sonido. Esos dispositivos son, a la vez, el soporte de la mirada, de la escucha, de la lectura y de la escritura. Pero no todos los lectores enfrentan el texto digital del mismo modo, sobre todo los migrantes digitales y los no migrantes pueden encontrar dificultades en abandonar las categorías y los gestos que caracterizan la lectura en el mundo del libro impreso. La situación es otra, desde luego, para la generación de lectores nativos de las tecnologías.

Tal como propone Jesús Martín-Barbero, las “crisis del libro y la lectura remiten entonces al ámbito más ancho de cambio cultural, el que conecta las nuevas condiciones del saber con las nuevas formas de escribir [...]” y de leer, podemos agregar. En esta llamada *sociedad de la información*, lo “que está cambiando no es el tipo de

actividades en las que participa la humanidad sino su capacidad tecnológica de utilizar como fuerza productiva lo que distingue a nuestra especie como rareza biológica, su capacidad de procesar símbolos” [Castells: 58]. Más allá de las características de los nuevos artefactos y técnicas electrónicas incorporadas a los procesos de lectoescritura, lo que se evidencia es un nuevo modo de relación entre los procesos simbólicos –pertenecientes a la esfera de “lo cultural”– y las formas de producción y distribución de la información, asociado a una nueva manera de comunicar.

Si bien se registra una tendencia hacia la lectura fragmentaria a partir de la incorporación de soportes electrónicos, en oposición a un tipo de lectura en profundidad, las nuevas tecnologías también habilitan otras competencias e inauguran nuevos sistemas de relaciones, una codificación y organización de lo escrito diferencial, y un procesamiento alternativo de la información. Autores como Chartier y Hébrard hacen referencia a una lectura hipertextual que se materializa con las tecnologías de la información y la comunicación en los hipervínculos. El entramado de relaciones que habilita un texto siempre ha existido, sólo que el *ebook* corporiza esa elaboración e integración que se realizaba *in absentia*, a partir del papel. La lectura no está encerrada en el texto, sino que se constituye como el producto de una relación dinámica, dialéctica, entre el lector y su horizonte de recepción, sus competencias y sus intereses; en muchos casos todas esas conexiones se pueden evidenciar en la materialidad de la escritura. Respecto de la presunta tendencia a la fragmentariedad, transversalidad o incompletud de la lectura en soportes electrónicos, la hipótesis subyacente allí tiene que ver con la premisa de una unidad de sentido mayor, es decir *textual*, en detrimento de potenciales lecturas menores, o *sintagmáticas*. Steiner afirma que “una lectura bien hecha empieza por el léxico” y luego que “la sintaxis es la nervadura del sentido” [6]; recién entonces el lector podrá comprometerse ante la esfera semántica o “el universo del sentido”. La exégesis y la hermenéutica son, dice él,

recompensas por haber decidido emprender aquellos ejercicios del lenguaje; y en tanto ejercicios, se requiere de práctica y repetición, de relecturas. Por otra parte, los potenciales errores de la lectura son, para Littau, una condición necesaria de la textualidad, y sólo entonces es posible adquirir un sentido más vasto –a nivel textual, pero también en relación con los sistemas, la historia y la realidad–: “De ahí la estricta imposibilidad en literatura de una lectura formalmente y sustantivamente completa, exhaustiva, final” [5]. No obstante, para Bourdieu [263], una parte importante de la actividad intelectual consiste en “luchar por una buena lectura”, entendida como una cierta manera de establecer el texto, apropiándose del monopolio de la lectura¹². Ya sea en pergamino, papel o tinta electrónica, toda lectura sigue siendo, para Steiner, provisional y tangencial. “Leer bien” o “leer mal” no está en relación directa con el soporte del texto.

En lo que al entorno digital respecta, si el proceso editorial puede adecuar su capacidad de agregar valor para aprovechar las capacidades que las tecnologías ofrecen –y en este sentido transformar su práctica–; es posible que nuevos lectores se acerquen a nuevas prácticas de lectura. En cuanto al autor y al lector, aquí la relación puede, en cierta medida, verse modificada, sobre todo al contemplar el polo de la recepción que es mucho más activo, dinámico y participativo. Actualmente el lector está dispuesto a reconocer y pagar el costo del producto tangible que recibe, el libro, pero desconoce o no percibe el valor de su contenido que puede transmitirse bajo otros formatos. De allí también los índices de piratería y la baja tendencia, al menos en América Latina, según la percepción de los editores, a comprar contenidos electrónicos, aunque los valores relativos demuestren una gradual expansión.

¹² “Por esta razón”, agrega Bourdieu, “la gente que es ajena al mundo intelectual se asombra al ver cómo los intelectuales luchan, y con violencia inaudita, por lo que parecen ser apuestas triviales” [263].

Es posible que se difundan nuevas formas de consumo de lo escrito y que se amplíe el rango de lectores sobre todo para algunos géneros y formatos breves –coinciden varios editores–, pero también concuerdan en que es muy difícil que el *ebook* imponga un tipo de lectura que suplante por completo a uno anterior. Como informa Igarza en su análisis sobre el libro electrónico: “Es más probable que los formatos digitales se apliquen más intensa y rápidamente a los textos académicos y ensayos que en la literatura de ocio y en el entretenimiento. En el universo editorial, visto en su conjunto, la hibridez del consumo será la novedad” [20]. Ante la pregunta acerca de si leeremos en papel o en electrónico, la tendencia parece indicar que ambas superficies serán consultadas y proveerán distintas, y tal vez complementarias, experiencias de lectura. Respecto de la característica de la apropiación que hagamos de los libros, la multiplicidad de opciones actuales revela que la elección del lector estará en relación con el tipo de contenido: la compra en papel, la compra en digital, el acceso, el préstamo, la consulta en línea, la descarga o la suscripción son algunas de las modalidades difundidas hasta el momento.

El libro es el intermediario, la posibilidad de mantener, conservar, perpetuar una relación entre autor y lector, pero la relación misma es lo importante. De allí la necesidad de que los contenidos se produzcan en todos los formatos requeridos. La discusión acerca de que el libro electrónico acabará con el papel resulta ya un poco trasnochada, y parece no preocupar tanto a los actores del sector como hasta hace dos o tres años atrás. No se trata de sustitución sino de convivencia, como muestran las mediciones analizadas para el caso argentino, pero también para el norteamericano y el español: la lectura en papel se complementa con múltiples soportes digitales.

Finalmente y en tanto la predicción de la demanda y las preferencias de los usuarios/consumidores sigan siendo elusivas, los bienes culturales continuarán siendo “sobre-producidos” en

diversos soportes y formatos para intentar satisfacer todas las necesidades y deseos de los lectores*.

Bibliografía

- AAMODT, SANDRA. 2009. "A Test of Character". *Does the Brain Like Ebooks?*, 14 set. 2009. En línea: <<http://roomfordebate.blogs.nytimes.com/2009/10/14/does-the-brain-like-ebooks>>
- AA.VV. 2011. "Informes sobre hábitos de lectura y compra de libros en España (2000 a 2011)". Madrid: Federación de Gremios de Editores de España. En línea: <<http://www.federacioneditores.org/SectorEdit/Documentos.asp>>
- AA.VV. 2008. *La industria del libro en Argentina*. Centro de Estudios para la Producción (CEP), Secretaría de la Industria, Comercio y PYME, Ministerio de Economía y Producción de la Nación.
- BENJAMIN, WALTER. 1975. "El autor como productor". *Tentativas sobre Brecht*. Madrid: Taurus.
- BIAGINI, CÉDRIC; CARNINO, GUILLAUME. 2009. "El libro en la tormenta virtual. Nuevas tecnologías vs. el mundo editorial". *Le Monde Diplomatique*, 14 nov. 2009. En línea: <<http://mariategui.blogspot.com/2009/11/el-libro-en-la-tormenta-virtual-nuevas.html>>
- BOURDIEU, PIERRE. 2000. *Cuestiones de sociología*. Madrid: Istmo.
- BOURDIEU, PIERRE; CHARTIER, ROGER. 2010. "La lectura: una práctica cultural". *El sentido social del gusto*. Buenos Aires: Siglo XXI. 253-273.
- BRIDLE, JAMES. 2010. "Los tablets no muerden". *Rolling Stone*, noviembre.
- CASTELLS, MANUEL. 1997. "La era de la información". *La sociedad red*. Madrid: Alianza. I.
- CASTILLO GÓMEZ, ANTONIO, coord. 2002. *Historia de la cultura escrita: Del Próximo Oriente Antiguo a la sociedad informatizada*. Gijón: Trea.
- CAVALLO, GUGLIELMO; CHARTIER, ROGER. 2001. *Histoire de la lecture dans le monde occidental*. Paris: Seuil.
- CHARTIER, ANNE-MARIE; HÉBRARD, JEAN. 2002. *La lectura de un siglo a otro: Discursos sobre la lectura (1980-2000)*. Barcelona: Gedisa.
- CHARTIER, ROGER. 1994. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza.
- . 2000. *El orden de los libros: Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa.
- . 2001. "¿Muerte o transfiguración del lector?". Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. En línea: <<http://www.cervantesvirtual.com/bib/historia/CarlosV/recurso1.shtml>>
- . 2003. *Pratiques de la lecture*. Paris: Rivages.
- . 2005. "Del código al hipertexto". *Revista Minerva*, 21 nov., Madrid, Círculo de Bellas Artes. En línea: <http://www.circulobellasartes.com/ag_edicionesminervaLeerMinervaCompleto.php?art=26>
- . 2006. *Inscribir y borrar: Cultura escrita y literatura*. Buenos Aires: Katz.

* Inicio de evaluación: 10 mar. 2014. Fecha de aceptación: 30 jun. 2014.

- . 2008. "La utopía de la biblioteca universal es posible". *Clarín*, 12 abr. En línea: <<http://www.clarin.com/diario/2008/04/12/sociedad/s-05801.htm>>
- . 2012. "Leer la lectura". *¿Qué leer, cómo leer? Perspectivas sobre la lectura en la infancia*. Santiago de Chile: Universidad Diego Portales. En línea: <http://www.leechilelee.cl/wp-content/files_mf/1363098617RogerChartier.pdf>
- CUCUZZA, HÉCTOR R., dir.; SPREGELBURD, ROBERTA P., codir. 2012. *Historia de la lectura en la Argentina: Del catecismo colonial a las netbooks estatales*. Buenos Aires: Editoras del Calderón.
- DARNTON, ROBERT. 2003. *El coloquio de los lectores: Ensayos sobre autores, manuscritos, editores y lectores*. México: F.C.E.
- . 2008. *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la revolución*. Buenos Aires: F.C.E.
- . 2010. *Las razones del libro: Futuro, presente y pasado*. Madrid: Trama Editorial.
- DIEGO, JOSÉ LUIS DE. 2008. "Algunas hipótesis sobre la edición de literatura en la España democrática". *Iº Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas, La Plata, 1 al 3 de octubre de 2008*. En línea: <http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.307/ev.307.pdf>
- DIRECCIÓN NACIONAL DE INDUSTRIAS CULTURALES. 2013. *Encuesta Nacional de Consumos Culturales: Informe preliminar*. Buenos Aires: Sistema de Información Cultural de la Argentina. Disponible en: <<http://sinca.cultura.gob.ar/sic/publicaciones/libros/EECC.pdf>>
- CHEVERRÍA, JAVIER. 2010. "Ante el libro electrónico las editoriales se refugian en una ley de propiedad intelectual que está obsoleta". *Deia*, 10 may. En línea: <<http://www.deia.com/2010/05/10/ocio-y-cultura/cultura/ante-el-libr...se-refugian-en-una-ley-de-propiedad-intelectual-que-esta-obsoleta>>
- "El espacio iberoamericano del libro. 2008". 2008. CERLALC, Fundación Grupo Iberoamericano de Editores. En línea: <http://www.cerlalc.org/secciones/libro_desarrollo/El_espacio_iberamericano.pdf>
- FEATHERSTONE, MIKE. 1991. *Cultura de consumo y posmodernismo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GABETTA, CARLOS. 2012. "La manipulación política de la estadística". *Perfil*, 8 set. Disponible en: <http://www.perfil.com/ediciones/2012/9/edicion_709/contenidos/noticia_0004.html>
- GIL, MANUEL; RODRÍGUEZ, JOAQUÍN. 2011. "Sobre el lector y la lectura". *El paradigma digital y sostenible del libro*. Madrid: Trama Editorial. 187-192.
- HARRINGTON, MARY; MEADE, CHRIS. 2008. *Read: Write; Digital Possibilities for Literature*. Arts Council England.
- Historia de la lectura en México*. 1998. El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos.
- HUTNIK, ELIZABETH; SAFERSTEIN, EZEQUIEL. 2013. Entrevista realizada a Octavio Kulesz, 23 nov.
- IGARZA, ROBERTO. 2010. "Informe: Ebooks. Hacia una estrategia digital del sector editorial". Buenos Aires: C.A.L. (Cámara Argentina del Libro).
- KULESZ, OCTAVIO. 2011. Entrevista realizada por Elizabeth Hutnik. Buenos Aires, 19 ago.
- LARSON, LOTTA C. 2010. "Digital Readers: The Next Chapter in Ebook Reading and Response", *The Reading Teacher*, Vol. 64, Nº 1, pp. 15-22.
- LITTAU, KARIN. 2008. *Teorías de la lectura*. Buenos Aires: Manantial.
- "Los que leen eBooks no vuelven al papel". 2010. *El Economista*, 26 oct. En línea: <<http://ecodiario.economista.es/sociedad/noticias/2553305/10/10/Los-que-leen-ebooks-no-vuelven-al-papel.html>>

- LIU, ALAN. 2009. "A New Metaphor for Reading". *Does the Brain Like Ebooks?*, 14 set. En línea: <http://roomfordebate.blogs.nytimes.com/2009/10/14/does-the-brain-like-books>
- LYONS, MARTYN. 2012. *Historia de la lectura y de la escritura en el mundo occidental*. Buenos Aires: Editoras del Calderón.
- MARTÍN-BARBERO, JESÚS. 2011. *Proyecto: Lectura, escritura y desarrollo en la sociedad de la información*. Bogotá: CERLALC-UNESCO.
- McKENZIE, D.F. 1991. *La bibliographie et la sociologie des textes*. Paris: Éditions du Cercle de la Librairie.
- MORENO, HILARIO; GARCÍA, SANTIAGO; SARDI, VALERIA. 2012. *Lectores, libros, lecturas: Cambios en las prácticas y hábitos de lectura*. Buenos Aires: Secretaría de Cultura de la Nación. Disponible en: <<http://www.sinca.cultura.gov.ar/sic/publicaciones/libros/lectores-libros-lecturas.pdf>>
- MOSQUEDA, ANA. 2011. "Lyons, Martyn: A History of Reading and Writing in the Western World". *Páginas de Guarda*, 12. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 129-132.
- PARADA, ALEJANDRO. 2012. *El dédalo y su ovillo: Ensayos sobre la palpitante cultura impresa en la Argentina*. Buenos Aires: UBA, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas.
- PETRUCCI, ARMANDO. 1999. *Alfabetismo, escritura y sociedad*. Barcelona: Gedisa.
- PISCITELLI, ALEJANDRO. 2009. *Nativos digitales*. Buenos Aires: Santillana.
- RODRÍGUEZ DE LAS HERAS, ANTONIO. 2009a. "Plantean expertos una nueva escritura para nuevos lectores". *Conaculta*, 9 set. En línea: <<http://www.conaculta.gob.mx/?p=25163>>
- . 2009b. "Nuevas formas de lectura: nuevas formas de escritura". *Congreso internacional del mundo del libro*. México: F.C.E.
- SARDI, VALERIA. 2012. "Lecturas fronterizas: jóvenes y prácticas de lectura". *Lectores, libros, lecturas: Cambios en las prácticas y hábitos de lectura*. Buenos Aires: Secretaría de Cultura de la Nación. Disponible en: <<http://www.sinca.cultura.gov.ar/sic/publicaciones/libros/lectores-libros-lecturas.pdf>>
- SARLO, BEATRIZ. 1997. "Los estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa". *Revista de Crítica Cultural*, 15: 32-38.
- SORÁ, GUSTAVO. 2010. "Misión de la edición ara una cultura en crisis. El Fondo de Cultura Económica y el americanismo en Tierra Firme". Altamirano, Carlos, dir. *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires: Katz.
- STEINER, GEORGE. 1998. "Una lectura bien hecha". *Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, Santiago de Chile, Ediciones de la Biblioteca Nacional de Chile.
- SUBERCASEAUX, BERNARDO. 2000. *Historia del libro en Chile: (alma y cuerpo)*. Santiago de Chile: Lom.
- WEINBERG, LILIANA. 2007a. "El ensayo latinoamericano entre la forma de la moral y la moral de la forma". *Cuadernos del CILHA*, 9, Mendoza: 110-130.
- . 2007b. "El ensayo como poética del pensamiento". *Andamios*, 7: 271-287.
- WOLF, MARYANNE. 2009. "Beyond Decoding Words". *Does the Brain Like Ebooks?*, 14 set. En línea: <<http://roomfordebate.blogs.nytimes.com/2009/10/14/does-the-brain-like-ebooks>>
- ZUKERFELD, MARIANO. 2011. "El poder de la atención: Materialidad y axiología de los flujos comunicativos en el Capitalismo Informacional". *Avatares de la Comunicación y la Cultura*, 2, Buenos Aires: 1-18. En línea: <<http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/avatares/article/view/2245/2040>> (Fecha de acceso: 29 sep. 2014).